EL HEREDERO.

COMEDIA EN PROSA,

EN TRES ACTOS,

POR DON FRANCISCO XAVIER DE BÚRGOS.



GRANADA.

POR DON FRANCISCO GOMEZ ESPINOSA DE LOS MONTEROS.

ACTORES.

DON RUFINO, *esposo de*

DOÑA MANUELA.

DOÑA ISABEL, *hermana de*

DON RUFINO.

DOÑA LUISA, *amante de*

DON JUAN, *médico.*

DON LUCAS, *médico.*

ANTOLIN. } *criados.*
FAUSTO.

La escena es en una sala de la casa de DOÑA LUISA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.ª

DOÑA MANUELA Y DOÑA ISABEL.

D.ª ISAB. ¡Válgame Dios hermana! ¿Tan poco pueden con vmd. mis lágrimas, y mis reconvenciones? ¿Será posible, que víctima de un pesar, tal vez anticipado, nos haga vmd. tan freqüentemente temer la ruina de su salud, y tan de continuo comprometa nuestra tranquilidad y nuestras esperanzas? ¡Ay! Harto tiempo se ha abandonado vmd. á su infructuoso dolor.

D.ª MAN. No, Isabel, no desacredites mi dolor con ese epíteto vergonzoso. Podria yo mirar con in-

diferencia la crísis en que me hallo? ¿No sería la indiferencia un delito en esta ocasion? Por fortuna no es ya el tiempo, en que nos desterráron de esta casa las continuas disensiones domésticas, que turbáron la paz de mi marido, y cuyo fuego avivó mi padre, tal vez por efecto de un deseo inmoderado del bien, ó de un zelo excesivo por nuestros intereses. Tú sabes, yo te lo he contado muchas veces, quanto sufrió mi alma en aquella separacion. El tiempo habia cicatrizado esta herida, quando mi padre cayó peligrosamente enfermo, y Luisa creyó de su obligacion convidarnos á tomar parte en sus esmeros, y en su pesadumbre. Al principio no nos pareció conveniente ni decoroso aceptar este convite;

pero por último el temor de lo que podria hablarse contra nosotros, si esclavos de nuestras quejas, ó de nuestras pretensiones, nos hubiéramos negado á este deber, y la necesidad de velar de cerca, en el caso de morir mi padre, en la conservacion de nuestros intereses, que no era justo dexar á merced de esa hermana postiza, de esa Luisita que, baxo la máscara de la virtud, encubre los vicios, que heredó de su madre, nos hizo volver á pisar estos umbrales que no habiamos creído visitar jamas. ¡Con quánta ternura me recibió mi padre! ¡Cómo ciñéron mi cuello sus brazos extenuados, y débiles! Y ¡quánto me acordé del tiempo, en que me priváron de este placer, nuestra indocilidad y nuestros caprichos!

D.ª ISAB. Esos sentimientos honran á vmd. hermana, pero por mas que sea legítimo su dolor de vmd. ¿ es en estas circunstancias inútil á su padre que postrado en el lecho del dolor, acaso vería con mas interes y reconocimiento, el ansia con que vmd. se apresurára á prodigarle en sus esmeros pruebas mas positivas de su ternura filial. Vmd. debe sin duda haberse reconvenido de esta falta, y ¿ha dado vmd. por ventura en las horas, que han pasado desde esta deseada reconciliacion, alguna prueba del interes, que le inspira la suerte de su padre? ¿No ha visto vmd. á Luisa, que inmóvil junto á su lecho, parecia querer prolongar con su ternura, con su oficiosidad, el aliento precioso del autor de su vida?

D.ª MAN. ¡Ay Isabel! Esa Luisa es la manzana de la discordia: ella sola me retiene léjos de mi padre, pues yo no podría alternar con ella sin faltar á mi decoro. No te canses; es imposible que miéntras Luisa permanezca en la casa de mi padre, una amistad pura arranque las semillas de nuestras diferencias. Sus pretensiones extraordinarias crecen en proporcion de la condescendencia que se le manifiesta, y engreída con el suceso de sus primeras tentativas, con el triunfo completo, que en fuerza de un sistema metódico de hipocresía ha logrado sobre el espíritu de mi padre, pretenderia tal vez igualarse conmigo, y hacer desaparecer la inmensa distancia, que hay entre una hija legítima y una hija natural.

D.ª ISAB. Si hubiera de juzgarse de Luisa por el horroroso quadro que acaba vmd. de bosquejar, deberíamos representárnosla como una muger despreciable y odiosa; pero por dicha no es así, y quien no conociera bien su corazon de vmd., diria que la envidia habia dirigido su pincel. En los pocos dias que la enfermedad de su padre de vmd. nos detiene en su casa, yo he tenido lugar de observar á Luisa, y unida á ella por los vínculos de una amistad pura y ardiente, he penetrado su corazon, he exâminado sus intenciones, y he visto en ella un deseo constante de interceder por vmd. para hacer mas seguros los efectos de la reconciliacion.

D.ª MAN. Mira si es cierto lo qué di-

go, mira, cómo sus pretensiones se suceden sin cesar, mira, cómo en el uso de la palabra *interceder*, no ha querido perder la ocasion de abrogarse un derecho de preeminencia y de autoridad.

D.ª ISAB. No creo que pueden suponerse esas intenciones en Luisa sin una injusticia visible. En la escuela de su padre no ha aprendido Luisa mas que virtudes, y aquellos, que mas parecen aborrecerla ó despreciarla, son los que mas excitan su ternura, y por los que mas vivamente se interesa.

D.ª MAN. Hipocresía, y afectacion.

D.ª ISAB. Sea lo que vmd. quiera; pero me parece que si la enfermedad de su padre de vmd. muda de aspecto, y en conseqüencia permanecemos aquí algunos dias, no dexa-

rá vmd. de conocer por sí misma esta verdad, y tal vez de experimentar los efectos de su benevolencia.

ESCENA II.ª

DON RUFINO, *y las dichas.*

D. RUF. Yo no sé, niñas, si será cierta la noticia que acaba de darme Fausto. ¿Habeis oido vosotras decir algo?

D.ª MAN. ¿De qué?

D. RUF. Vaya, no habeis oido nada.

D.ª MAN. Pero ¿de qué?

D. RUF. Nada, no era cosa, no será cierto; decia Fausto que se habia muerto tu padre; mira tú qué tontería:::- sino lo hubierais sabido primero vosotras.

D.ª ISAB. Nada, no ha habido nada.

D.ª MAN. Pero tú ¿qué sabes?

Dª ISAB. Claro está que lo sé, pues es de inferir del silencio profundo, que reyna en toda la casa, y de no haber venido nadie á decírnoslo.

D. RUF. Sí, es así, no habrá muerto; no será todo mas que habladuría. Nada, como saben que yo soy el heredero, piensan lisongearme con estas noticias; y ya ves tú á mí ¿qué?.... Yo hija, sea lo que Dios quiera, lo que le convenga, y nada mas.

D.ª ISAB. Seguramente se deshonraria quien en ocasion semejante hiciera callar su sentimiento, para que hablara su interes.

D. RUF. Lo mismo digo yo, niñas, yo no soy interesado, nada, bien á bien lo que venga, y :::- Mire vmd. el

bribon de Fausto ir á suponer una cosa que:::- Bien, que él dixo que se lo habia oido decir á Don Lucas.

D.ª MAN. ¡Ay de mí! Cierta es sin duda esa noticia fatal.

D. ISAB. ¿Por qué, hermana se aflige vmd. de esa manera? ¿No conoce vmd. la informalidad y la ignorancia de Don Lucas? ¿No sabe vmd. que no se le ha hecho venir sino por adular al enfermo, que declaró tener confianza en él, de resultas de haberlo librado de otra enfermedad, y que su médico de cabecera Don Juan, hombre profundo y meditador dixo al tiempo de despedirse esta mañana, que no habia un peligro urgente, que lo determinara á quedarse?

D. RUF. ¡Oh! sí, Don Juan, mucho.

D.ª MAN. Pero como las enfermeda-

des suelen tomar una terminacion repentina y no esperada::::-

D. RUF. Sí suelen, pero, ¡qué! No habrá habido nada; se hubiera sabido al instante.

D.ª ISAB. Me parecia regular, que entrásemos á averiguar la novedad, que pudiera haber.

D. RUF. ¡Oh! no, dichosamente viene aquí el Señor Don Lucas que nos informará de todo.

ESCENA III.ª

DON LUCAS *y dichos.*

D. RUF. Amigo se trata de saber si ha dicho vmd. que habia muerto el Señor Don Silvestre.

D. LUC. Si señor.

D. RUF. Pues; ¿vé vmd?

D.ª ISAB. Con que ¿ha muerto?

D. LUC. No señora.

D. RUF. Pues ¿cómo?....

D. LUC. No hay que apresurarse. El Señor Don Silvestre vive, y no vive; vive, porque aun no ha espirado, sin embargo de que lucha, hace dos horas, con las agonías de la muerte. No vive, porque aquel resto de aliento con que respira, está visiblemente corrompido por la disolucion del espíritu vital; y en este sentido dixe á Fausto, que ya podia encomendar á Dios á su amo, porque, á mi parecer, no le quedaba un instante de vida.

D. RUF. Bien; pero segun el tiempo que hay que vmd. lo dixo, debe ya haber espirado.

D. LUC. Es muy probable.

D. RUF. Si era preciso.

D. LUC. Pues, porque es mucho el abatimiento de aquel ánimo, aquella fibra::::- Vamos, se ha perdido totalmente el equilibrio, y es imposible restablecerlo.

D.ª ISAB. Pues no decia eso el Señor Don Juan, y será harto triste no saber á qué atenernos.

D. LUC. Y ¿qué dice el Sr. D. Juan?

D.ª ISAB. Da todavía esperanzas, y hoy mismo al despedirse, aseguró, que entretanto que volviera, nada habia que temer.

D. LUC. ¡Oh¡ y ¿ha tenido vmd. la debilidad de creer á ese fantasmon?

D.ª ISAB. Me parece, que aunque por casualidad, no hayan vmds. quedado de acuerdo en órden al método de curacion, no debia vmd. injuriarlo de esa suerte.

D. LUC. Mucho mira vmd. por él, Se-

ñorita ; acaso , si yo fuera mas jóven , aunque , gracias á Dios , todavía no peyno canas , me daria vmd. á mí la razon.

D.ª ISAB. Yo no soy capaz de decidir entre la razon de vmd. y la de su compañero , pero creo , que el tener razon no autoriza á nadie para injuriar á quien no la tiene.

D. LUC. ¿Vea vmd. mi método de curacion?

D. RUF. ¡Qué! mediquines.

D. LUC. ¡Mi método de curacion! Y tuvo valor de citarme á un:::- ¿qué sé yo? *Brun*, ó *Brown*, extrangero, que en una obra de medicina habla mas de tono y desentono, que si fuera en unos elementos de canto llano. Que nos diga el Señor del tono , cómo bastarian á corroborar aquella máquina exánime

todos los estimulantes del mundo?

D. RUF. Vea vmd. ahí la mia: si en queriendo Dios, no hay remedio.

D. LUC. ¡Vaya! ¡Oponerse á mi método de curacion! ¡Decirme en mis bárbas galenista desesperado! y:::- ¡qué! mil cosas; bien que fuéron muy disfrazadas, pero de qualquier suerte, ¿quién no se irritará de su atrevimiento? Oh! y no es eso lo peor, sino que esta Señorita lo aplauda.

D.ª ISAB. ¿Yo, señor?

D. RUF. Sí, tú, que eres una bachillera.

D. LUC. No, no lo decia yo por tanto; pero es fuerte cosa que venga un mocoso á apostárselas á un hombre, á quien le nacieron las bárbas en la profesion. Y pregunte

vmd. si no se morirá el enfermo: no será cosa si se morirá.

D.ª ISAB. Calle vmd. por Dios, Señor Don Lucas, y no atormente á mi pobre hermana.

D. RUF. Pero muger, si lo estás oyendo, si es preciso.

D.ª MAN. Sostenme, Isabel.

D. LUC. Á mí me parecia, Señora, que si llegase á suceder la desgracia que preveo, podria ser que no faltasen á vmd. motivos de consuelo.

D. RUF. Oh! si ella quisiera, vea vmd.; pero ¿qué?... vamos no hay que hablar.

D.ª MAN. La cosa está decidida: mi padre se muere.

D. RUF. No llores, muger, no llores: es menester conformarnos con la voluntad del Señor.

D.ª MAN. Déxame, déxame que me

entregue á mi justo dolor.

D. RUF. Cuida, Isabel, de consolarla.

ESCENA IV.ª

DON RUFINO Y DON LUCAS.

D. RUF. ¡Qué mugeres! no se las entiende por mas que... vamos, no hay que hacer, eso es no apreciar un anuncio, que puede ser importante por sus resultas: y ¿á qué es cansarse ni andar con rodeos si al fin se ha de morir, y hemos de llevar la pesadumbre?

D. LUC. Sí, es casi seguro.

D. RUF. Pues, porque como ya es tan viejo ::::-

D. LUC. Oh! sí; muy viejo: se muere.

D. RUF. Vea vmd.; por eso me gustan á mí los buenos médicos; sus fallos

son irrevocables, y desde que dicen que uno se muere, ya puede el heredero ir empezando á tomar sus medidas, porque, al fin, es menester que estos acasos no cojan á uno desprevenido.

D. LUC. Pues, claro está.

D. RUF. Mire vmd. de que le servirá al otro haber estudiado mil xergas diabólicas de Botánica, Química, Farmacia, y:::- tonterías: por último mi suegro se morirá. Mas ¿cómo ha de ser? Es menester tener paciencia, aunque yo lo siento por muchos respetos, porque, vamos, como es mi suegro::::- y luego, porque las pobrecillas de Manuela é Isabel:::- oh! la Isabel es mucho cuento.

D. LUC. Por fin, amigo, me tocó vmd. en el registro.

D. RUF. ¿Cómo?

D. LUC. Como Isabel es la que me ha rendido, y lleno de amor, de respeto, de:::- yo no sé, pero ya estaba resuelto á declararle mi fina pasion.

D. RUF. No entiendo á vmd.

D. LUC. No sé si le gustará á vmd., pero me parece que es pieza de mucho mérito.

D. RUF. Pero ¿qué es?

D. LUC. Es un soneto que he hecho en elogio de Isabel. 1

D. RUF. ¿De quién?

D. LUC. De la Señorita Isabel.

D. RUF. ¡Calle! ¡que tal, Don Lúcas, que emparentásemos!

D. LUC. ¡Oh amigo!

D. RUF. Por mi parte, mejor se la

1 *Saca un papel.*

entregaria yo á vmd. que á ningun mozalbete de esta era.

D. LUC. Gracias.

D. RUF. Pero, vaya, veamos ese soneto; estará bueno.

D. LUC. Á lo ménos tiene motivo para estarlo, porque como yo fui Poeta desde ántes de graduarme en Teología :::-

D. RUF. ¿En Teología?

D. LUC. Pues, estudié en Alcalá, miéntras practicaba la Facultad, Teología y un poco de Derecho.

D. RUF. Eso sí: ¡cáspita! Es muy bueno que los hombres sepan de todo.

D. LUC. Pues iba diciendo, yo era jovenzuelo, y como dicen que la Poësía es la lengua del amor, y en aquel tiempo tenia uno mejor figura, tambien las Musas le inspiraban.

D. RUF. Oh! yo lo creo.

D. LUC. Desde entónces no habia hecho versos, porque como se metió un hombre en ocupaciones, y gracias á Dios, se entró con buen pie en la facultad, no faltáron protectores, y fue menester aplicarse para consolidar una reputacion que empezaba á tomar incremento. No, yo no me he descuidado: me parece que he sostenido con explendor el crédito que adquirí. Oh! y vmd. sabe que yo no gusto de alabarme.

D. RUF. ¡Qué! nada de eso; pero ¿qué inconveniente puede haber en que vmd. diga una cosa, de que todo el mundo ha sido testigo?

D. LUC. Me alegro que lo sepa vmd. tambien; bien que ha sido público.

D. RUF. Oh! muy público.

D. LUC. Ya se vé: con estos cui-

dados no hubo lugar para nada, y Esculapio se llevó el tiempo y las ofrendas destinadas á Venus. Pero cate vmd. que, ahora, quando ya tengo cincuenta años cumplidos, me he enamorado como un mozuelo, y he vuelto á mi antigua ocupacion.

D. RUF. Y ¿por qué no?

D. LUC. La Isabelita me gustó, y resolví hacerle un soneto, en que le explicára mi pasion con la decencia propia de mi edad; porque, amigo, hablemos claro; á mí nunca me han gustado esos equívocos atrevidos, con que algunos Poëtas:::- No, no Señor; es menester tratar con decoro al bello sexô.

D. RUF. Apruebo ese modo de pensar, y yo, aunque no soy viejo, pienso en ese punto como ellos.

D. LUC. Y si lo demas no es regular.

D. RUF. Mucho, mucho.

D. LUC. Pues, amigo, lleno ya de mi objeto, aguardé anoche que se durmiera mi familia, y quando ya todos estaban en un silencio, que parecia favorecer á mi pasion y á mi entusiasmo, empecé haciendo á Apolo una deprecacion ó súplica muy bonita en endechas reales, con la genealogía de las nueve musas, vamos cosa buena; y luego que me sentí inflamado hice el siguiente Soneto.

D. RUF. Bien, veamos.

D. LUC. Dice así:

Lee. "Quando de tí prendado el Dios artero
À tus divinos pies rindió su aljaba,
Y de tus bellos ojos se quemaba
En el deliciosísimo brasero,

Notó Cupido que el harpon severo
Nunca en tu cruel diestra descansaba,
Y que, si tu furor no limitaba,
Ibas yermo á dexar el orbe entero.
Previó la ruina el Dios, temió el estrago,
Sintió el efecto de tus furias raras,
Y del golpe juzgó por el amago;
Entónces fue quando con el pactáras,
Que tu rigor neutralizando aciago,
Aquel á quien tú hirieras, tú curáras."

D. RUF. ¡ Oh amigo, cosa grande! esto es de lo que no se compone hoy.

D. LUC. Sí, está conceptuosito y bueno; me alegro que le haya gustado á vmd.

D. RUF. Podia no gustarme; si le digo á vmd. que es de lo bueno que yo he visto.

D. LUC. La alegoría original y bien seguida, los versos sonoros::::-

D. RUF. Oh! sí, mucho; pero si vmd. quiere aprovechar el tiempo, corra tras ellas, y léales esa piececita; mi muger sobre todo la celebrará mucho.

D. LUC. Mil veces dichoso permiso que me pone en estado de::::- vamos, si tiene un adarme de sensibilidad, se ha de electrizar al oirlo.

ESCENA V.ª

DON RUFINO. *solo.*

D. RUF. ¡Qué sandez! ¡qué sandez! vaya, que son terrible cosa las pasiones, sacan á las gentes de quicio, y de un hombre de razon como este hacen un mentecato, un tronera. Gracias á Dios que me ha librado á mí de esas tonterías, y

que el fluxo y refluxo de los deseos y de los caprichos no martiriza mi alma. ¿Si se habrá muerto? Parece que su vida se dilata mucho. No, yo no le deseo la muerte; pero es viejo, está para acabar, los intereses son complicados, y es necesario estar alerta. Ademas, todavía puedo tener hijos, y entretanto tengo trampas, acreedores y sospechas fundadas de que tratan de perseguirme y acosarme. Si hubiera muerto, de la noche á la mañana era yo hombre de provecho; y todo seria menester en un tiempo en que mi mala cabeza y mi luxo me han quitado casi los medios de subsistir. Pero ¿quién no hubiera hecho lo mismo, teniendo como yo unas esperanzas tan sólidas y tan inmediatas? Acaso en

este instante mismo, mi fortuna es ya inmensa, y la rica herencia de mi esposa es el solo objeto de las conversaciones de la Ciudad. Es menester formar nuevo plan de vida, y qualesquiera que hayan sido mis ideas hasta este dia, Es necesario sentar por principio, que las ocupaciones, el trabajo y la moderacion pueden solamente asegurar mi prosperidad.

ESCENA VI.ª

DON RUFINO Y ANTOLIN.

D. RUF. Ven acá, ¿donde vas, atolondrado?

ANTOLIN. Si buscaba::-

D. RUF. Bien hombre, pero oye.

ANTOLIN. ¿Qué? ¿lo del coche?

D. RUF. No, no es eso; es un consejo que quiero pedirte.

ANTOL. Ay Señor ¿tengo yo traza de consejero?

D. RUF. Vaya, oye; no pienso ya en coches, ni en fausto, ni en tonterias, ¿estás? ¿Te parece, que en tomando posesion de los cofres del viejo, me haga comerciante?

ANTOL. ¡Qué!

D. RUF. ¿No?

ANTOL. Lo que vmd. quiera.

D. RUF. Pero no, hombre, dime lo que te parece.

ANTOL. Á mí, ya vé vmd.

D. RUF. ¿Á tí? Á tí, en esa carrera te podia yo hacer hombre de importancia.

ANTOL. Lo creo.

D. RUF. Por otra parte, pensaba, (ya se vé, no tengo hijos) imponer la

mitad de ese Potosí en el fondo perdido por nuestras vidas.

ANTOL. ¿Por las nuestras?

D. RUF. Pues, por la de mi muger y la mia.

ANTOL. Yá.

D. RUF. Y la otra mitad en un banco extrangero como el de Londres.

ANTOL. No es mal pensamiento.

D. RUF. Pues, y con los intereses ir juntando nuevo capital, y ser un hombre:::- vamos, tu me entiendes.

ANTOL. Si señor.

D. RUF. Tú correrias con las cuentas.

ANTOL. ¡Malo!

D. RUF. ¿Por qué?

ANTOL. Porque yo soy muy lerdo para cuentas.

D. RUF. Ya, pero te habilitarias.

ANTOL. Eso sí.

D. RUF. Y con un salario regular,

y parte de las ganancias, que produxera el empleo constante de los réditos :::–

ANTOL. Tambien eso es verdad.

D. RUF. Si hombre, porque hemos venido á términos de no tener de quien echar mano para empleos que exîjan alguna integridad. Yo la verdad, te conozco ya tanto, que nunca me valdria de nadie viviendo tú.

ANTOL. Eso sí, lo que es cristiandad ninguno. Yo, no es por alabarme, pero he manejado, ahora en la vejez de mi amo, algunos intereses, y me parece que nadie hubiera puesto reparo en mis cuentas.

D. RUF. Lo supongo.

ANTOL. Si Señor, yo tendré mis cosas como cada qual, pero honradez,

vaya, no hay que hablar.

D. RUF. Bien, pero vamos; ¿qué te parece mi proyecto?

ANTOL. Á mí bueno: mas ¿sabe vmd. lo que pienso?

D. RUF. ¿Qué?

ANTOL. Nos hemos llevado tantos chascos en el mundo, que me parece prudencia desconfiar de todo, y locura confiar de nada.

D. RUF. Bien, veamos como aplicas eso.

ANTOL. ¡Oh! eso está muy claro. Mi amo todavía no se ha muerto, y yo sospecho que nos ha de enterrar á todos.

D. RUF. ¡Qué tontería! Á estas horas está espirando quando ménos. Pero ¡oh! ¿quién viene aquí?

ESCENA VII.ª

DON JUAN, *y dichos.*

D. RUF. Venga vmd. enhorabuena. Amigo, no hay yá sugeto: el pobre Señor se voló.

D. JUAN. ¿Cómo?

D. RUF. No ha muerto todavía; pero le falta muy poco segun las apariencias; bien que era cosa desesperada su curacion, y la medicina no podia adelantar allí terreno alguno. Toda la familia está convencida de esto, y yo lo he dicho bien claramente; este acaso no debe disminuir la reputacion del Señor Don Juan, que demasiado ha hecho con lo que ha hecho. No, protector no le ha faltado á vmd.

D. JUAN. Yo siento haber dado motivo á conversaciones en que haya necesitado de protector; yo me habia lisongeado de que serian mis intenciones conocidas, y apreciada mi oficiosidad.

D. RUF. Sí, eso sí, pero como siempre hay quien murmure:::- Bien que no ha hecho vmd. falta para defenderse. En fin, al enfermo, es menester que entre vmd. á verlo.

D. JUAN. Si haré.

D. RUF. Pero ha de venir vmd. aquí al instante.

D. JUAN. Al instante.

ESCENA VIII.ª

DON RUFINO Y ANTOLIN.

D. RUF. Este hombre es tan bue-

no, es tan servicial que encanta, luego como su caracter es tan dulce:::- y cuenta que yo tengo mucho de que quejarme de él.

ANTOL. ¡Ola!

D. RUF. Sí, porque no haberme desengañado á tiempo y haberme expuesto á que me cogiera de improviso esta catástrofe:::- Aunque por fortuna Don Lucas, como es perro viejo, y conoce el mundo, hizo lo que el otro debia haber hecho, y al fin se han tomado las medidas convenientes.

ANTOL. Bueno.

D. RUF. Ya ves si la noticia era importante; y en este caso mas que en ningun otro, porque, vaya, son muy delicadas las circunstancias.

ANTOL. No hay que hacer.

D. RUF. No dexarás tu de conocer lo que tengo yo que trabajar para estar alerta, que no se la jueguen á mi muger, y una hija natural no llegue á usurpar los derechos de una hija legítima.

ANTOL. Claro está.

D. RUF. Pues, ¡qué! ¿acá somos tontos? No sino descuidarse, y vendria la Luisita con sus manos lavadas y:::– Ya me parece que la estoy viendo saquear esas inmensas gavetas, y ocultar á la heredera única los bienes que:::– No es lícito extraviarse á sospechas infamatorias. Precaver, y no sospechar será mi sistema. Pero vaya, respóndeme á esto: ¿te parece á tí que los cofres de ese anciano serán ménos ricos, que el corazon del cerro del Potosí?

ANTOL. Como yo no he visto ese cerro ::::-

D. RUF. Oh, yo tampoco.

ANTOL. Pues bien.

D. RUF. Pero, vaya un tanteo.

ANTOL. Mucho dinero tiene.

D. RUF. ¿Sí?

ANTOL. Mucho, muchísimo, es horror.

D. RUF. ¡Ay Antolin! De esta vez quedas hecho sugeto de importancia.

ESCENA IX.ª

DON JUAN *y dichos.*

D. RUF. ¿Qué es esto amigo? ¿Cómo tan presto? ¿No le ha visto vmd.?

D. JUAN No señor, está durmiendo, y es menester dexarlo descansar un rato: tal vez este sueño será su salud.

D. RUF. ¿Su salud? No señor, despiértelo vmd. ¿quién sabe quando tendrá vmd. lugar de volver, ó si en el instante que duerme, necesita de alguna medicina?

D. JUAN. No, no, gracias á Dios, yo nada tengo que hacer por esta tarde, ni nada me costará aguardar hasta que despierte.

D. RUF. Ya, pero si necesita algo::::–

D. JUAN. En las circunstancias en que se halla, nada puede hacerle mas falta que el sueño.

D. RUF. Yo, lo que vmd. diga, pero como Don Lucas aseguró que estaba muy próxîma su última hora...

D. JUAN. El sueño, de que ahora disfruta, desmiente ese funesto presagio.

D. RUF. Bien.

D. JUAN. Los enfermos, amigo, son

acreedores á todos los miramientos posibles, y es un cruel ó un sándio quien, baxo qualquier pretexto, interrumpe el reposo del que agoviado de dolores crueles, en vano ha implorado por muchos dias la paz benéfica de un sueño tranquilo.

D. RUF. Pues bien, agur, nos veremos quando sea hora. Ya ve vmd. que me es preciso dar una vuelta, y ver cómo anda esa casa, pues como ahora poco se publicó que habia muerto mi suegro, todavía será general el trastorno. No, no lo extrañe vmd.: Don Lucas creyó necesario anticipar un poco la noticia por ir connaturalizándola, porque como al fin nada se arriesgaba en eso, y mas tarde ó mas temprano habia de suceder::::— ¡Oh!

siempre será terrible desgracia, pero es bueno que esté la gente prevenida.

ANTOL. El Señor Don Rufino ha sido siempre de esa opinion.

D. RUF. Con que es forzoso pensar en sosegar los ánimos alterados, y:::-

D. JUAN. Bien: vmd. debe tratarme con confianza.

D. RUF. Ah ¡qué á tiempo! Ya tiene vmd. aquí quien le acompañe.

ESCENA X.ª

DOÑA LUISA Y DON JUAN.

D.ª LUISA. De buena gana.

D. JUAN. En fin, señora, podemos ya hablarnos una vez sin testigos, despues de tantos obstáculos, como la enfermedad de su padre de vmd.

ha suscitado; ni puede ménos de ser un presagio favorable para nuestros amores el restablecimiento de ese Caballero que probablemente va á recobrar su salud.

D.ª LUISA. ¿Cómo, amigo?

D. JUAN. Señora, su sueño actual es un paso ventajoso hácia su curacion.

D.ª LUISA. ¡Ay! Si su ciencia de vmd. alcanzára á obrar ese milagro, ¿qué premio sería bastante á tan alto servicio?

D. JUAN. Ese servicio, señora, no depende de mi ciencia, depende solamente de mi fortuna; pero, por amor de vmd. no se aventure, le ruego, á hacer esas ofertas, pues si mi ciencia ó mi fortuna me pusieran en estado de exîgir el premio que vmd. ofrece, sabe Dios á donde

irian á parar mis pretensiones.

D.ª LUISA. ¡Qué! ¿Irian lejos?

D. JUAN. Lejos, y muy lejos.

D.ª LUISA. Ea pues, la salud de mi padre es el precio de mi condescendencia. [1]

D. JUAN. ¡Qué! ¿Se vá vmd.?

D.ª LUISA. Pues ¿no sabe vmd. quanto son peligrosas estas conversaciones?

D. JUAN. Si no es eso.

D.ª LUISA. Pues ¿qué?

D. JUAN. Vmd. ha dexado mi vida pendiente de un hilo, y la realizacion de mis mas ardientes deseos exclusivamente vinculada á la salud de su padre de vmd. Mi profesion prescribe imperiosamente la obligacion de auxîliar á todo en-

1 *Quiere irse.*

fermo, y Dios me es testigo de que jamas he mirado con indiferencia la suerte de ninguno, por mas que la miseria pareciera contribuir á abreviar el plazo de su vida: pero sobre todo, yo he prodigado mis esmeros á su padre de vmd. con el interés que inspiran la gloria, el amor y la humanidad. Si no obstante, mis esfuerzos fuesen impotentes, y el Señor Don Silvestre, pues al fin es un hombre de mucha edad, llegase á sucumbir baxo el peso de una enfermedad tan prolixa, ¿por qué sin culpa sería yo privado de los bienes que podrian proporcionarme sus promesas de vmd. si en ellas no tuviera el premio ligado á un servicio que no está en mi mano verificar?

D.ª LUISA. Yo siento no haberme ex-

plicado bastante , aunque creo que vmd. debe inferir que no estando en su mano restituir á mi padre la salud, el premio que yo ofrezco, no dependerá absolutamente de la condicion.

D. JUAN. Vmd. señora me confunde con esa reconvencion. Yo apercibo en ella el manantial de mis felicidades. Vuelvo á ver al Señor Don Silvestre, y ¡ojalá á costa de mi vida, pudiese yo perpetuar la suya, y con ella las venturas del ídolo de mi corazon!

ESCENA XI.ª

D.ª LUISA *sola.*

D.ª LUISA. Entra, entra, y lleva tras tí el amor de tu Luisa, el

amor que tus virtudes le han inspirado, y que la enfermedad de un padre, que ama á par de su vida, le ha obligado á contener. Tu ardiente deseo de acertar haga las veces del acierto, y arranque de las puertas de la muerte á un anciano, de cuya salud depende la vida de su hija; y si la llama de un amor puro arde en tu pecho virtuoso, tal vez nuestra comun felicidad.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.ª

DON RUFINO Y DOÑA ISABEL.

D.ª ISAB. ¡Ay, Rufino! que está sin sentido y me temo que la pesadumbre la acabe.

D. RUF. Vaya por Dios. ¡Qué! si estas mugeres:::- mas ¿cómo ha de ser? si no hay remedio, si Dios ha decretado que se muera.

D.ª ISAB. No digas eso por Dios hombre; pues si yo trato de consolarla con las esperanzas que nos dan los médicos de su restablecimiento.

D. RUF. ¡Qué locura! Vaya, voy ya conociendo que todos los médicos

son una gavilla de ignorantes, de:::- ¿Sería esto creible? ¿Atreverse á hablar de restablecimiento en un tiempo que:::- Hija, desengáñate, tanto entienden nuestros médicos de enfermedades, como yo de hacer calderas.

D.ª ISAB. No obstante, creo que debes exceptuar de esa regla á Don Juan; sus talentos son generalmente reconocidos y apreciados.

D. RUF. Á veces todo ese crédito es obra de un acaso. La reputacion de un sugeto no es señal infalible de su mérito, y ménos en los médicos, donde el esfuerzo extraordinario de una naturaleza robusta decide de la habilidad de un facultativo, que acaso no ha conocido la enfermedad. Y ¿no lo ves aquí? ¿Qué hombre que tuviese sus

cinco sentidos, habia de dar en este caso esperanzas de restablecimiento. Es menester estar ciegos, pues, ¡qué! ¿no ven aquellos ojos lánguidos y apagados, aquella voz trémula y balbuciente, y:::- vamos, el sello de la muerte en aquella cara?

D.ª ISAB. De suerte que si tú te has empeñado en que se muera:::-

D. RUF. ¿Yo muger? Vaya que tienes unas cosas:::- Qualquiera que te oyga dirá::::-

D.ª ISAB. Tal vez dirá que tengo razon. Pues ¿no es fuerte cosa querer defender que se muere tu suegro, unicamente porque te se antoja, y esto contra el dictámen de un médico, que lo observa de continuo, que conoce la enfermedad, y que debe calcular sus progresos

y su terminacion sobre el dato infalible de sus periodos ya conocidos? Y quando así no fuera, ¿no es tambien duro pretender quitar á tu muger el único consuelo que puede quedarle, y sin el qual debe ser necesariamente víctima de su dolor?

D. RUF. Tu inocencia y tu sencillez disculpan la dureza de esa reconvencion. En primer lugar los médicos no saben nada, nada. La medicina es un caos; nomenclatura, charlatanísmo, y agur. Los médicos, como todos los hombres, se ciegan con sus esperanzas, se entregan á su credulidad. Este es en realidad el orígen de ese favorable vaticinio; pero los que los conocen ya un poco, y por otra parte han visto en otros enfermos como

la muerte se hace anunciar por el abatimiento y las convulsiones, no pueden dudar que mi suegro se muere.

D.ª ISAB. Bien, sea así, pero ¿por qué has de desvanecer la ilusion lisongera de la que no tiene esas experiencias; y confiada en el pronóstico de D. Juan, no vive sino en fe de esa esperanza?

D. RUF. Pues yo creía que esto debia agradecerse, y por lo demas ya ves tú ¿qué interes puedo yo tener en que se muera? Para todos seria el mal, y yo fuera el que mas sintiera ese revés; porque, á la verdad, mi suegro, á pesar de sus extravagancias, es un hombre amable, y vamos, un buen Señor; pero ¿hemos de reñir con el que lo dispone?

D.ª ISAB. No, pero ¿quién sabe todavía lo que puede suceder? En realidad su restablecimiento no seria un milagro.

D. RUF. ¿Cómo no? Sería resucitar un muerto, y sobre todo Dios quiera darle la salud si le conviene: yo soy muy interesado en ello.

ESCENA II.ª

ANTOLIN *y dichos.*

D. RUF. Que, ¿hay novedad?

ANTOL. No señor.

D. RUF Pues ¿qué traes?

ANTOL. La Señorita llamaba.

D. RUF. ¿Qué Señorita?

ANTOL. La Señorita Manuela.

D. RUF. Y ¿á quién llamaba?

ANTOL. Á la Señorita Isabel.

D.ª ISAB. Buena cachaza tendrás tú toda tu vida.

ESCENA III.ª

DON RUFINO Y ANTOLIN.

ANTOL. No sabe vmd. Señorita, qué mayorazgo es la cachaza.

D. RUF. ¿Mayorazgo?

ANTOL. Pues ¿qué sería de un pobre criado, como yo, ni qual vida seria mas aperreada que la mia, sino fuera por mi cachaza?

D. RUF. ¿Cómo?

ANTOL. Friolera.

D. RUF. Vaya, acaba.

ANTOL. Se entiende que yo he tenido mis motivos, y como las ocupaciones se han multiplicado durante la enfermedad de mi amo, y

todos echan mano de mí para qualquier cosa, sin embargo de haber tantos criados en la casa:::- vamos, ha sido preciso.

D. RUF. Pero bien, ¿qué es lo que haces?

ANTOL. Hacer, nada; pero vea vmd. que apenas entona el gallo el canticio del alba, quando ya, cómo toda la familia se queda en vela, están por todos lados llamando á Antolin. La cocinera grita desde la cama por el avío, diciendo entre sueños, que ya no puede estar la comida á tiempo. Doña Manolita pide el vino y los vizcochos; luego es menester llevar el villete de Doña Isabelita en respuesta del que le he traido la noche ántes.

D. RUF. ¿Cómo, como era eso?

ANTOL. Que ¿no lo sabe vmd?

D. RUF. Yo no.

ANTOL. Yo creí que sí; no hubiera yo dicho nada.

D. RUF. Pero bien.

ANTOL. Pues bien.

D. RUF. No es eso, no digo eso; quiero saber el todo de esa correspondencia.

ANTOL. Oh, pues eso es fácil, la Señorita Manuela la guarda original.

D. RUF. Adelante.

ANTOL. El hombre es de importancia; él la quiere, y á ella le gusta.

D. RUF. Bueno.

ANTOL. Y á fe, que es largo como pelo de huebo el buen Señor, pero ¿qué se ha de hacer? Como estos chapucillos se hacen en ratos perdidos, lo que dexa, dexa y agur. Pues, como iba diciendo mandan todos á un tiempo, ya se ve todos

no pueden quedar contentos, gritan, mandan otra cosa, y vea vmd. aquí, que necesitaria un hombre las piernas de veinte, para poder medio cumplir. Para estos lances es la cachaza: quando han pasado revista todos los mandones, y cada uno ha ordenado su cosa, entónces, lo mejor es, sino hay á la mano subalternos á quienes comunicar las órdenes, ir á tomar fuerzas para cumplir todo aquel tropel de mandamientos, tenderse, y aunque la casa se hunda á voces, no salir hasta que se pase la mala hora.

D. RUF. Ya, pero hombre eso es una bribonada.

ANTOL. Pero ¿qué quiere vmd. si el trabajo crece tan extraordinariamente; todos los criados de la casa es-

tán siempre parados, y á nadie mandan mas que al pobre de Antolin? ¡Ah no era así en otro tiempo quando mi amo::::- ¡Qué! Como este Señor era tan bueno,..... unas ganas tengo de que convalezca::::-

D. RUF. Oh, todos nos alegrariamos, pero, ¿sabes lo que pienso?

ANTOL. ¿Qué?

D. RUF. Que nos la ha pegado durante esta conversacion. ¿No oyes qué vocerío suena hay dentro? ¡eh! las hijas serán que estarán ya aturdiendo la casa con sus lamentos.

ANTOL. ¿Qué lamentos, Señor, ni qué vocerío, si está todo en un silencio que::::-

D. RUF. Vaya, hombre, me pareció.

ESCENA IV.ª

DON LUCAS *y dichos.*

D. LUC. Dése vmd. prisa amigo Don Rufino, si quiere vmd. ver á su suegro por la última vez.

D. RUF. Toma, esto para que me la disputen. Quando un hombre que tiene algun conocimiento echa el fallo á un enfermo, no hay que cansarse. Y luego, que lo que mas me sofoca es, que apoyan sus tonterias con el dictámen del médico, que suele no haber dicho tal cosa.

D. LUC. Eso es así.

D. RUF. No, yo, si he de decir lo que siento nunca creí que vmd. hubiera tenido parte en esa desatinada profecía. Ahora pueden ve-

nir á atestiguar con Don Juan: ¿quiere vmd. que le diga lo que me parece? Pues Don Juan no ha de entender mucho de la facultad.

D. LUC. ¿Qué entender? Lo que entienden todos los médicos de hoy: llenan su cabeza de cosillas y nada mas: xergas greco-bárbaras de historia natural, y la turba multa de sus ramificaciones, luego la nunca bien ponderada Química, ó Alchîmia, ó::::- qué sé yo. Las cosas que ántes estaban abandonadas á los boticarios.

D. RUF. Vea vmd.

D. LUC. Perder el tiempo.

D. RUF. ¡Qué gentes! Vaya es mucho.

D. LUC. Pues acérquese vmd. á sacarles eso de la cabeza.

D. RUF. ¿Qué? no se podrá adelantar nada.

D. LUC. Nada amigo, predicar en desierto, y si vmd. les pregunta en qué se fundan::::-

D. RUF. Toma, tampoco darán razon. Pero vaya, ¿le parece á vmd. que habrá ya muerto?

D. LUC. Oh sí; lo dexé agonizando.

D. RUF. Ea pues, agur. Dios reciba su alma en el Cielo, y me de fuerzas para consolar á su angustiada familia.

ESCENA V.ª

DON LUCAS Y ANTOLIN.

ANTOL. ¡Quál vá!

D. LUC. ¡Oh amigo! tiene razon para andar de esa suerte. Se suena que este viejo tiene muchos millones.

ANTOL. Sí tendrá.

D. LUC. Ya se ve, como ha tenido tanto comercio, y eso es lo que dicen que dexa mas ganancia.....

ANTOL. No es cosa si dexa; todavía no hay un año, que hizo un negociado en quince dias, que le dexó quince mil duros.

D. LUC. Pues, eso es medrar; no sino echarse á médico, y despues de quemarse las pestañas, y gastar el caudal y la salud en cargar la memoria de aforismos, ir á tomar una peseta por cada visita.

ANTOL. ¡Oh! eso es triste.

D. LUC. Y luego los médicos no tienen aquel lugar que lo necesario de su ciencia parecia deber proporcionarles. Ya ves con qué desden Doña Isabelita (pues al fin es preciso que tú lo sepas) ha visto mis rendimientos.

ANTOL. Mis ¿qué?

D. LUC. Mis rendimientos, no hay por que extrañarlo. Yo todavía no soy ningun viejo; ni ella una muger tan ::::::-

ANTOL. Eso sí.

D. LUC. Pues, la cosa no era muy desigual; pero quiere Dios que suceda así, y luego como uno no tiene quien le ayude.....

ANTOL. ¡Guarda Pablo! parece que la cosa tiene ayre de propuesta.

D. LUC. No, pero como los de casa conocen mejor los genios, y pueden aprovechar mejor las coyunturas :::::-

ANTOL. Yá.

D. LUC. Por eso.

ANTOL. Pues.

D. LUC. Y, como á tí no te falta talento ::::-

ANTOL. Á Dios las gracias.

D. LUC. Y por otra parte, una habilidad singular para esas comisiones, y las desempeñas tan bien:::-

ANTOL. Alto ahí Señor Don Lucas, conozco donde va vmd. á parar.

D. LUC. ¿Sí? Pues me alegro: yo he recurrido á tí con confianza, porque sé que eres fino para una tercería.

ANTOL. Lo soy Señor Don Lucas, pero es con su cuenta y razon. Quien mas vivamente se interesa por Doña Isabelita, quien mas de cerca vela sobre su conducta, es quien dirige esta correspondencia, quien lee los papeles que se envian y que se reciben, quien:::- Pero esto es bastante, yo no tenia por que contestar á este punto. Yo no quiero, ni hago á picardías. Doña Isabelita se casará con su amante, que es jóven, de buena

presencia, rico, hombre de bien y::- ¿Está vmd.? Esto es lo que hay y nada mas.

ESCENA VI.ª

DON JUAN *y dichos.*

D. JUAN. ¡Válgame Dios Señor Don Lucas! ¿Será posible que se agrade vmd. en consternar á esta pobre familia, y que cabalmente en el instante en que un sueño tranquilo derrama por las venas del Señor Don Silvestre el bálsamo de la vida, haya vmd. alborotado á Don Rufino, que por poco no ha sembrado la confusion hasta en el aposento mismo del enfermo? Paréceme, que yo, en mi qualidad de médico de cabecera, tengo derecho á

exîgir de vmd. un poco de mas circunspeccion. Si muere el Señor Don Silvestre, tiempo habrá para decirlo despues: no es esta ocasion de andar haciendo á cada instante presagios contradictorios, cuyo efecto seguro, será hacer pasar rápidamente á esta familia del gozo á la tristeza, y al contrario; lo que sin duda, puede originar en ella enfermedades agudas y complicadas.

D. LUC. ¡Vaya, vaya que ha sido graciosa la reconvencion! Con que ¿no se puede decir una chanza?

D. JUAN. Esas chanzas son siempre inútiles, y las mas veces funestas. Todo hace impresion en el alma de un hombre enfermo. Si la voz que vmd. ha esparcido, tal vez con poco miramiento, llegase hasta sus oídos, ¿quién puede anunciar el

efecto que causaria, y quién sabe si esto impediria su curacion?

D. LUC. ¿Curacion? Vaya, compañero, que vmd. alimenta unas extravagantes esperanzas.

D. JUAN. Yo no las creería tales; aun quando no las coronase un exîto feliz. En este caso, yo atribuiría las resultas á la escasez de mis luces, no á la imposibilidad de la curacion.

D. LUC. ¡Eso se llamará modestia! ¿Eh?

D. JUAN. Déle vmd. el nombre que quiera, con tal que esté vmd. convencido de las intenciones que me animan.

D. LUC. Muy bien, amigo, me gusta mucho esa delicadeza: es muy importante que trace vmd. el círculo de que no debamos salir; nosotros haremos lo posible para no hablar, y si es menester, para no mover-

nos. Pero si, despues de todo, se le muere á vmd. su enfermo, como lo creo, vmd. no tendrá á mal que yo me burle de la medicina moderna, y califique las precauciones, que ella aconseja, de superfluas y de ridículas.

D. JUAN. El médico, Señor Don Lucas, cumple con su obligacion, aplicando á sus enfermos el producto de sus luces, y de sus experiencias; despues de esto, qualesquiera que sean las resultas, debe quedar satisfecho. Por lo demas, para mí no hay diferencia entre los médicos antiguos y modernos, y solo es bueno aquel, á cuyas disposiciones preside la experiencia y la razon.

D. LUC. ¿Vámonos, Antolin?

ANTOL. Yo.... Mas que nos vamos.

D. LUC. Quedo enterado.

ESCENA VII.ª

DON JUAN *solo.*

D. JUAN. Su edad y sus malos principios disculpan su grosería. Pero ¡Válgame Dios! ¿qué será de mi amor si Don Silvestre muere en mis manos? Están agotados todos los recursos de mi arte, pero nada he conseguido, sino prolongar su vida algunas horas mas. Si al fin muere, ¡quál será el dolor de la adorable Luisa, de esta muger, que tan profundamente ha dexado impresa en mi alma la imágen de su candor, de su ternura filial, y de todas las virtudes, de que es un precioso depósito su corazon! Por otra parte, Don Lucas me amenaza con ridi-

culizar mi método de curacion, y acaso se me tacharia de una ignorancia crasa; ó, lo que aun seria peor, se supondria en mí una intencion perversa, que me cubriria de infamia y de dolor. Mi reputacion, pues, mi amor, los intereses mas apreciables de mi vida dependen del exîto de esta empresa que por desgracia es absolutamente desesperada. Pero Dios conoce mis intenciones puras, y no querrá desampararme. Vamos á hacer el último esfuerzo. Esta planta tiene una virtud tan extraordinaria......

ESCENA VIII.ª

DON JUAN Y DOÑA LUISA.

Luego ANTOLIN.

D. JUAN. En fin, Señora, el amor me lo ha inspirado. Su padre de vmd.... ¿Quién sabe? Quizá va á conseguir su restablecimiento. Confio tanto en la eficacia de este precioso vegetal ::: - Que venga Antolin, Señorita, que venga luego.

D.ª LUISA *se acerca á la puerta para llamar á* ANTOLIN: *entre tanto escribe* D. JUAN: ANTOLIN *sale, toma la receta que le dará* D. JUAN, *y se marcha luego que éste le dice las expresiones siguientes.*

D. JUAN. Al punto, al punto vas á la

Botica; tu amo va á vivir. Amable Luisita, yo siento mi corazon extraordinariamente agitado. Iba á comprometerse el interes de mi reputacion, el de mi amor, el de mi amistad. ¡Ah Señora! ¿Hubiera perdido el derecho á sus promesas de vmd. un hombre, de entre cuyas manos hubiera la muerte arrebatado á su padre de vmd.?

D.ª LUISA. ¿Quién sabe? Acaso hubiera sido el objeto de mi ódio.

D. JUAN. Por piedad, por piedad, adorable amiga, no pronuncie vmd. una sentencia tan cruel. ¿Quién puede todavía anunciar de un modo positivo un exîto feliz? El primer fundamento de las esperanzas, que he hecho concebir á vmd., es el ardor con que yo deseo ese restablecimiento. Me parece que le veo

recobrar sensiblemente su salud, á medida que baña sus fauces la bebida benéfica. Me parece que le veo dirigir miradas de vida á todo lo que le rodea y:::- ! Ay amiga! ¿ Por qué no autorizaria él nuestro amor puro y ardiente; puro y ardiente mas que el sol? ¿ Sería mi profesion un obstáculo para este enlace venturoso? ¿Sus riquezas y mi pobreza me privarian de esta mano apetecida? No sin duda. Viera vmd., Señora, como postrado yo á los pies de su padre, le decia, en la efusion de mis mas agradables sentimientos: si señor; Luisa sola hará la felicidad de mis dias. Las circunstancias de su nacimiento no le dan derecho alguno á los bienes de vmd.; pero por fortuna yo soy bastante rico, y si la medicina fue la profesion

que abracé, viéndome por la muerte prematura de mis padres, destituido de todo socorro, la medicina es ya la profesion que exerzo solamente por amor de la humanidad. Sino mi ciencia, mis esmeros y mi actividad me han proporcionado una decente fortuna, que un sistema de economía y de órden ha aumentado y debe aumentar prodigiosamente. Al lado de un hombre que la adora, Luisa, la mas tierna de las hijas, será la mas fina de las esposas. La mano del placer rejuvenecerá á vmd. y sus nietos, saltando á su rodilla trémula:::::-

D.ª LUISA. Perdone vmd., Señor Don Juan que le interrumpa. Esa imágen es demasiado deliciosa, y no puede hacer en la terrible crísis en que me hallo mas que aumentar mi

amargura y mi dolor. Permítame vmd. que en estas circunstancias le oculte los sentimientos que me inspira ese lenguage apasionado. Yo misma no me atrevo á penetrar en mi corazon rodeado de la densa nube del pesar.

ESCENA IX.ª

DOÑA ISABEL, DON RUFINO *y dichos.*

D.ª ISAB. El Señor Don Silvestre acaba de despertar, y al parecer lucha con sus dolores y con sus agonías.

D. RUF. ¡Lo que somos! ¡qué cosas! ¡Qué providencia! ¡Espirando, espirando, no hay remedio.

D. JUAN. No ha venido Antolin: se perdió todo.

ESCENA X.ª

DOÑA LUISA, DON RUFINO Y DOÑA ISABEL.

D.ª LUISA. ¡Válgame Dios! ¡Qué noticia tan funesta! Yo siento que me abandona la constancia.

D. RUF. Me parece que ya no hay remedio. Hija mia, su llanto de vmd. es muy justo, como el de todos nosotros, pues al fin todos perdemos igualmente; eso sí, mi suegro era muy bueno, un bendito, y no en valde lo querian todos, y lo respetaban: pero hija yo esperaba en vmd. mas resignacion; y a mi parecer la consideracion de su edad abanzada, de sus achaques

continuos debia en parte mitigar su dolor de vmd.

D.ª LUISA. Vmd. conoce muy poco los encantos y la extension del amor filial. Vmd., amigo, no ha probado el placer de amar á un padre.

D. RUF. Yo, si señora, sé lo que son esos placeres; hace dos años que murió mi padre, y :::- todavía me acuerdo, ¡lo que le lloré! Vaya fue mucho. Era tambien bueno, muy bueno; así por el estilo de su padre de vmd., honrado, generoso; bien que era muy amigo de su dictámen; pues, un poco indócil, y nada mas.

D.ª LUISA. Las mugeres somos mas sensibles á esos golpes. Mi padre ha sido siempre el solo objeto de mi ternura. Si llegase á faltar, la horfandad, el aislamiento acabarán

con mi flaca exîstencia; y, ¿á quién volveré entónces mis tristes ojos, ó quién me acogerá en mi desamparo?

D. RUF. ¡Oh! No se aflija vmd. Señora por eso; el viejo le habrá dexado á vmd. en su testamento alguna cosita. Vamos, no podrá ser mucho porque ya ve vmd.:::- No, y yo tampoco me opondré á que se le de á vmd. algun socorro.

D.ª LUISA. Vmd. á hecho de mí un concepto muy baxo. No es el interes el que me hace derramar estas lágrimas; ni la muerte de mi padre debe tampoco condenarme á una indigencia tan extremada; pues yo conozco muy bien la extension de mis derechos. Pero ¿podrian esperanzas viles y delincuentes mitigar mi acervo dolor? ¿Qué valdrian los tesoros de las dos Indias, en com-

paracion de la vida de ese anciano, objeto de mi cariño, de mis votos, de mis mas sólidas esperanzas?

D. RUF. Bien; pero ¿Qué remedio, supuesto que su muerte esté infaliblemente decretada?

Dª LUISA. Y ¿quién puede decidir si estará decretada efectivamente? ¿Habria alguno tan ignorante, ó tan orgulloso, que se lisongease de haber penetrado ese misterio? Y ¿qué caso podria hacerse de semejante prediccion? Pero aun quando eso fuese así, yo no titubearia en transmitir todos los derechos, que me da mi calidad de hija, al que por solo un dia prolongára su vida; su vida, que aprecio sobre todos los bienes que esta tierra miserable puede proporcionar á sus habitantes engreidos.

¡Con quánto placer, sin inquietarme la perspectiva de mi suerte ulterior, me gozaria yo en la faz risueña y apacible, aunque desfigurada con la mano de la enfermedad, de mi padre anciano, modelo de todas las virtudes, modelo sobre todo del amor paternal! Mi alma se llenaria de un orgullo noble, quando contemplára, que sus últimas horas de exîstencia eran el precio del sacrificio de mi fortuna; sacrificio mezquino, si se comparase con su objeto. ¡Con qué ansia me ofreceria yo al trabajo mas ímprobo por prolongar los dias de un hombre, cargado de la estimacion, y del respeto universal!

D. RUF. Sí, eso es verdad, pero ya ve vmd., como por mucho que le dexe á vmd., nunca lo pasará vmd.

como ahora..... Vamos, si eso es natural.

D.ª LUISA. No aumente vmd. mi dolor con suponerle otra causa que el temor de perder para siempre á mi padre. Me creería indigna de exîstir, si, en su muerte, qualquier designio humano viniese á debilitar la impresion, que hiciera en mí esta catástrofe espantosa, y sin embargo no esperada. Sí amigo, lo digo con satisfaccion: todavía luce en mi alma un rayo de esperanza; todavía me parece que estoy viendo á mi padre, vuelto á su salud y á sus ocupaciones, abrazar á sus hijas, y contribuir á la felicidad de quantos contemplen el hermoso conjunto de virtudes, que ha hecho brillar en su larga carrera.

D. RUF. ¡Oh! sí, todo puede ser,

pero yo desconfio mucho.

Dª. LUISA. Para conseguir és necesario confiar. Confie vmd. hermano. Por la primera vez me atrevo á dar á vmd. este nombre, quando el sentimiento de nuestra desgracia comun hace desaparecer las rencillas domésticas, que por mucho tiempo han alejado á vmd. de la amistad y de los beneficios de mi padre. Confie vmd., le ruego: una vmd. sus votos á los mios; y ¡ojalá puedan llegar hasta los pies del trono del Eterno, y la antorcha de la vida arder otra vez sobre mi padre!

ESCENA XI.ª

DON RUFINO Y DOÑA ISABEL.

D. RUF. Cáspita ¡Qué niña! ¡vaya, vaya que traía bien estudiado su papel! ¡Qué sentimientos! ¡Qué afectacion! ¡Qué hipocresía! ¿Si pretendería alucinarme con su ternura, con su qualidad de hija, con la extension de sus derechos? ¿De qué derechos hablaria esta miserable? Vaya, ¡qué palabrotas! ¡Qué intenciones! ¿No digo yo bien que se sabe mas ahora durmiendo, que en otro tiempo velando?

D.ª ISAB. Permíteme, Rufino, que disculpe á la pobre Luisa, y que sin pretender exâminar el derecho que ella pueda tener á la mitad de

los bienes de su padre ; derecho, que sin embargo me parece incontestable....

D. RUF. Señor ¡qué brutos! ¿Dónde habrán visto estas gentes estas monstruosidades ? Vaya , yo no acierto á explicar la razon en que puedan fundar estos dictámenes. Gentes empeñadas en quitarse los bienes, que Dios les ha dado , y echarlos á puerta agena , dando motivo á que mañana se aproveche el contrario de esta disposicion de sus ánimos, para contestarles un derecho, que les da su legitimidad. Y á fe que no sabrá aprovecharse la Luisita de esta coyuntura ; ¡ como es tan lerda :::- Mira tú cómo me honra con el nombre de hermano , ahora que ve la muerte al ojo , y que me necesita. No , pero yo conozco bien

sus tretas : alcanzo el fin de sus fingimientos, y sé que esas lágrimas que derrama, se las arranca la consideracion de su miseria futura, la privacion de los bienes, de que disfrutaba, que muerto su padre no pueden ya servir para satisfacer sus caprichos, su luxo inmoderado, y su loca prodigalidad. ¡Á mí me engañaria con sus pasmarotadas! Gracias á Dios, no somos tan inocentes como todo eso.

D.ª ISAB. ¿Será posible, hermano, que así te ciegue tu ódio y tu interes? ¿Que solo tú y tu esposa halleis que censurar en la conducta de Luisa?

D. RUF. Nosotros solamente somos los que podemos decidir de ella; tenemos un poco de mundo, perci-

bimos los resortes secretos que la mueven; en una palabra conocemos nuestros derechos y los suyos Y ¿habrá todavía quien se empeñe en buscar motivos á su llanto, en legitimar sus designios interesados?

D.ª ISAB. Hermano mio, ¡Jesus! nunca te he visto tan enojado.

D. RUF. ¿No lo he de estar, si no se puede disculpar á Luisa, sin estar de acuerdo con ella sobre sus fines?

D.ª ISAB. No creo yo que se pueda hacer caer sobre mí una sospecha tan infundada.

D. RUF. ¡Qué sé yo! Las mugeres soys capaces de todo.

D.ª ISAB. Lo serán, pero yo no lo soy de prostituir mis sentimientos, ni de vender mis elogios á la simulacion. Yo conozco muy bien á Luisa.

D. RUF. ¿Tú, eh? ¿No eres tú la que andas ahí villeteando:::- No, no te pongas encarnada, lo sé todo.

D.ª ISAB. Si en esa correspondencia hay algo de que yo deba avergonzarme, será solamente de haber resistido poco á las importunas sugestiones de tu esposa. Ella fue la que me propuso ese empeño, que en realidad puede serme ventajoso, y que la casualidad de hallarnos en esta casa, donde la enfermedad del dueño no permitia ajustar conciertos de esta especie, hizo tener reservado hasta ahora. Mucho sintiera yo que pudiera interpretarse siniestramente una accion, á que si me presté, fue contra mi voluntad, porque los varios accidentes á que está expuesto este género de correspondencia, me hacian

temer por mi decoro, y por mi reputacion. Este ha sido siempre el ídolo de mi vida, y á ella debo esta declaracion ingenua, que debe ponerme á cubierto de toda reconvencion ulterior.

ESCENA XII.ª

DON RUFINO. *solo.*

D. RÚF. No, no se muerde los labios la Isabelilla; eso sí, lo mismo que su hermano, decir la verdad y cayga el que cayere. Pero mire vmd. mi Manuela ahora al cabo de sus años andando en tercerías, y en:::- ¡Sobre que todas las mugeres son iguales! Nada, no hay que formar concepto de ninguna. Este espíritu de frusleria, de in-

dolencia, de distraccion ::::- ¡Cosa rara! ya se ve, la educacion es el todo; no aprenden nada útil: coquetería, mimos.... Vaya es escandaloso ver á la heredera mas rica de la Provincia, ocupada en el pequeño objeto de buscar un novio á su cuñada. ¿Creeria nadie que pudiese llegar á tanto la distraccion y el abandono? Vea vmd. si no seria una ocupacion mas propia, mas magnífica tratar de ir recibiendo familia, de distribuir sus riquezas en empresas vastas, en proyectos útiles, en especulaciones importantes; bien que como ella descansa en mí de ese cuidado..... No, ¡cáspita! No es fácil hallar para estas cosas un hombre como yo: hay pocos que puedan dar al dinero un giro tan ventajoso, como

el que yo le daré. En primer lugar, se amortizará la terrible deuda, que me agovia, y cuyos intereses anuales absorven todas mis rentas. La profesion del comerciante es la mas á propósito para hacer fructificar los capitales; se seguirá el comercio; pero un comercio vasto, inmenso; un comercio como el de un banco, ó el de una compañía; se cultivarán las relaciones extrangeras, se subscribirá á todos los perioridicos mercantiles de la Europa; se pondrán cien acciones en la Compañía de Filipinas; se le dará á Isabelita un dote de cien mil duros en metálico, con lo que se premiará el amor de ese hombre que es regular que no se propusiese miras interesadas; y por si Manuela qui-

siere ir al campo alguna temporada, se comprará una pequeña hacienda, que no pase de un millon de pesos; por último se hará todo lo demas que convenga, pues al fin esto no es mas que el dibujo de una pequeña parte del quadro. Vamos á ver......... ¡ Qué silencio! Este es el instante en que Don Silvestre está arrojando el último suspiro. ¡Qué vida tan tumultuosa! ¡qué tropel de ocupaciones me va á acarrear esta muerte! Pero en fin es preciso conformarnos, y dexarnos llevar de la corriente del mundo, donde ya sopla el viento del infortunio, y ya el de la prosperidad.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.ª

DOÑA MANUELA *reclinada en una silla, y* DON RUFINO, *que, durante las tres primeras escenas, da continuas vueltas por el Teatro, manifestando mucha inquietud.*

D. RUF. Pero ¡válgame Dios, muger! Si ya no hay arbitrio, si Dios ha tenido á bien disponer de él, ¿no es una temeridad querer contrarestar sus altos fines?

D.ª MAN. ¡Ay de mí!

D. RUF. Pero vaya ¿No digo bien? si nuestras lágrimas, por justas que sean ó aparezcan, no han de res-

tituirlo á la vida, ¿á qué es ponernos todos á acompañar al difunto? Qualquiera conocerá que esta muerte me causa á mí tambien un sentimiento profundo; pero por la Vírgen Santa, muger, hagámonos cargo que el buen Señor tenia ya noventa y un años, y qualquiera de nosotros se alegraria de vivir otro tanto.

D.ª MAN. Ya, pero:::-

D. RUF. ¿Qué pero, muger? continuamente sobresaltando á uno con esos patatuses y::::- luego no estás hábil para nada; tiene uno que disponerlo todo. Vaya, no te canses, es menester no abandonarse tanto al sentimiento. Nuestra edad no es ya para que nada nos cause una impresion fuerte; dexemos eso para los jóvenes, que tienen la

sangre hirbiendo, y que necesitan de grandes deseos, de grandes pasiones, que los pongan en el camino de los hechos grandes; pero nosotros, ¡qué! En llegando una persona á quarenta años, no hay que hacer, le es preciso entablar un régimen nuevo. Nada de placeres vivos, ni de grandes pesadumbres, ni hay mas sino tomar el tiempo como viniere. ¿Estás? Lo demas es quitarse la vida.

D.ª MAN. Bien lo conozco, Rufino, mas ¿qué quieres que haga en el momento, que la muerte acaba de arrebatarme á un padre, que.....

D. RUF. ¿Qué? Encomendarlo á Dios; que lo perdone, y lo lleve á su gloria, y luego tratar de poner en órden las cosas, y que no nos sorprendan. ¿Qué va que á estas

horas ningun criado se ha movido á nada? y la gente que empezará á venir al duelo ::::- ¡Qué! si es menester ::::- Fausto, ola Fausto.

ESCENA II.ª

FAUSTO *y dichos.*

D. RUF. ¿Se ha mandado hacer el féretro? ¿Han ido por el habito?

FAUSTO. La órden está dada.

D. RUF. Ea pues, cuida ahora de que venga la Parroquia con toda la pompa posible, que se conviden las Cofradías, que haya cera bastante, en fin que se haga la cosa con solemnidad y aparato. Ya ves hombre, ¡qué desgracia! ¡Qué desgracia! Faltó el apoyo de la familia. Vaya por Dios, es menes-

ter hacerle unas exêquias lucidas. Ea, corre. Mira, ántes sabe á dónde está Doña Luisita, y haz á Don Lucas que venga á asistir á mi muger.

ESCENA III.ª

DON RUFINO Y DOÑA MANUELA; FAUSTO *sale quando le llama* DON RUFINO.

D. RUF. ¡Qué bataola! Es menester tener para estos casos una actividad extraordinaria. Sin mí ¿que seria de esta casa, donde todos están muertos y consternados? Es menester que los hombres tengan un espíritu capaz de todo. Fausto: es menester ir corriendo, y hacer venir al Escribano y los

testigos para abrir el testamento. No te detengas hombre ni un punto: esto es lo mas urgente de todo. [1] Qué luego no hay aquí mas criado que Fausto: cada uno anda por su lado. El bribon de Antolin estará tendido, segun su loable costumbre. ¡Oh! es menester la paciencia de un Job. ¿Si estará Domingo á vista de los cofres que le encargué? Esta Luisa..... No está demas ninguna precaucion; ella es ladina, muy ladina: estorbando ahora sus designios, tiempo habrá despues para si se quiere hacerle alguna limosna. Ya irá empezando á venir la gente al duelo. ¡Qué! Apenas se haya sabido la novedad, todo esto se lle-

1 *Se va Fausto.*

nará en un instante. Fausto, muchacho, vamos, ninguno responde. ¡Qué diantre de casa! Lo primero que es menester hacer es despedir á esta familia, y hacer venir otra mas despierta y ágil. Es fuerza mudar de criados como de camisa; lo demas es insoportable.

D.ª MAN. ¡Ay!

D. RUF. Vamos muger:::– Luego tampoco parece Don Lucas. Mas ¿cómo ha de ser? ¿Manuela?

D.ª MAN. Déxame.

D. RUF. Vaya por Dios con tus delicadezas; pero, muger, si Dios lo ha querido. Vamos, es menester ver si puedes trasladarte al salon, que irá empezando á venir gente.

D.ª MAN. ¡Qué golpe tan fuerte, Rufino!

D. RUF. Si, hija mia, ha sido una

desgracia terrible : pero vamos, haz un esfuerzo, y mira si puedes sostenerte en pie.

D.ª MAN. No es posible.

D. RUF. ¿No quieres tomar alguna cosa?

D.ª MAN. ¡Ay de mí!

D. RUF. Vea vmd. aquí lo que acarrean estos accidentes. Pero en fin, si eso lo hiciera Luisa, tendria disculpa, porque la pobre pasa de la opulencia á la miseria; y de estar gastando y triunfando, tiene que venir á parar, sino ha recogido algo en vida de su padre, en alimentarse de sus manos. Pero una muger, que, durante su vida, no ha debido á su padre el mas pequeño beneficio; que en su muerte queda única y universal heredera de sus inmensos bienes, pare-

ce que no debia tener un sentimiento tan exâgerado.

D.ª MAN. Pero ya ves, que no es cosa de mostrarse indiferente á un contratiempo tan:::-

D. RUF. Y ¿quién habia tampoco de formar tal pretension? El sentimiento es natural, pero nos precisa ahogarlo, no sea que él nos ahogue á nosotros.

ESCENA IV.ª

ANTOLIN *y dichos.*

D. RUF. ¿Has visto, hombre, qué desgracia, qué desgracia?

ANTOL. Calle vmd. que le traygo la noticia mas curiosa del mundo.

D. RUF. ¡Qué noticias! déxate de noticias, que no es tiempo de eso.

ANTOL. ¡Qué! Si señor.

D.ª MAN. Déxale hablar.

D. RUF. Ea pues, habla, y no te chancees como sueles.

ANTOL. Pues Señor, vmd. sabe que yo llegué de la botica con el xarabe, ó, qué sé yo lo que era, en fin, aquello que habia recetado el Señor Don Juan, á tiempo cabalmente que mi amo estaba dando el último suspiro. Por fuerza, ó como se pudo, se le hizo tragar la dichosa bebida, que le ocasionó las terribles convulsiones de que vmd. fue testigo, y que habiendo cesado, determináron á los médicos á declarar su muerte; pero Don Juan, ó no convencido absolutamente de esto, ó esperando todavía sacar partido de su medicina, se quedó á la cabecera, observan-

do al enfermo, miéntras vmds. desamparaban su aposento. La curiosidad, y el dolor que me causaba ver á las Señoritas Luisa é Isabel llorando sobre el lecho de mi amo, me detuviéron á saber si se confirmaba, ó desmentia la noticia, porque los repetidos chascos que nos habia dado Don Lucas y aun el mismo Don Juan, me hacian desconfiar de la anterior decision. Pero ¡quál fue mi sorpresa y mi gusto, quando, á pocos instantes, empezó el Señor Don Silvestre á dar señales de vida, á moverse, y á hacer esfuerzos para abrir los ojos! Ya entónces no quise aguardar á mas, y corriendo, corriendo he venido á ganar las albricias de una nueva tan importante.

D. RUF. Hombre, tú estás soñando.

ANTOL. ¿Soñando? ¡Bueno! No, por lo tocante á vmd., bien sabia yo que no se habia de alegrar mucho. Esta Señorita, que al fin es su hija...

D. RUF. Calla, hombre, no digas eso: ¿no me he de alegrar? Ya ves tú si me alegraré. Pero, ¡qué! si es preciso que eso sea una pura aprehension.

ANTOL. ¿Cómo aprehension si lo he visto por mis mismos ojos?

D. RUF. Vaya, no hay que hacer, eso fue tu deseo.

ANTOL. Bien; pero por dicha viene aquí quien no me dexará mentir.

ESCENA V.ª

DON LUCAS *y dichos.*

D. LUC. ¡Vaya, vaya, que ha sido chasco!

D. RUF. ¿Ha visto vmd., Señor Don Lucas, en qué tonteria ha dado el bueno de Antolin? ¡Pues no ha venido contándonos que ha visto respirar á su amo! Vaya que oye uno unos disparates que ::::- ¡oh! y ya ve vmd. si yo me hubiera alegrado.

D. LUC. Pues puede vmd. alegrarse; su suegro de vmd. vive.

D. RUF. ¿Cómo que vive? ¿Tambien vmd. ha caído en ese delirio?

D. LUC. ¿Qué es delirio? ¿Si acabo

yo ahora mismo de pulsarlo?

D. RUF. Señores, esta gente se ha vuelto loca; ó vmd., Señor Don Lucas, y su compañero son unos santos que resucitan muertos, ó no puede ser.

D. LUC. Pues yo, amigo lo confieso; no he tenido parte en ese milagro. Mi compañero tampoco ha hecho mas que yo, y toda la ventaja que me ha llevado en esta ocasion, se ha reducido á que él sospechó desde luego no ser mas que un deliquio lo que yo juzgué que era la muerte. Esta sospecha no ha sido verdaderamente importante, pues aun sin ella, pasado cierto tiempo, se hubiera dilatado como ahora el resorte de aquella máquina, violentamente comprimida por la fuerza de la convulsion, y hubiera vuelto en sí

como lo ha hecho. Yo, sin embargo, gusto de hacer gracia á los de mi profesion, y no tengo reparo en declarar, que el remedio, que ordenó, puede haber contribuido á esta mejoría repentina y extraordinaria; lo que si así fuese, no podría ménos de merecerme algun concepto.

D. RUF. Pero ¿ello es que vive?

D. LUC. Si señor.

D. RUF. Señor, esto tiene ayre de novela. Vaya, dígalo quien lo dixere, no lo creo. Esto es venir á engañarnos para darnos despues otro nuevo susto, otro susto mayor, que acaso nos comprometa mas gravemente.

D. LUC. No lo cree.

ANTOL. Pero, ¿tiene vmd. mas que ir á verlo?

D. RUF. [1] Vaya, la cosa es diabólica: no, por si acaso mas valdrá ir á prevenir á los criados, no sea que :::- ¿habráse visto cosa mas rara?

ANTOL. Yo me vuelvo á ver á mi amo.

ESCENA VI.ª

DON LUCAS Y DOÑA MANUELA.

D. LUC. Señora, vmd. debe hallarse mas aliviada con una noticia tan consoladora.

D.ª MAN. Así es.

D. LUC. Y seguramente yo no me apresuré á traerla, sino porque sabia que habia de ser bien recibida.

1 *Aparte.*

D.ª MAN. Sin duda; y si vmd. no ha notado en mí las señales de mi entusiasmo, ha sido por la sorpresa que me habia causado esta nueva, que ya nos habia dado Antolin.

D. LUC. Ya, pero un hombre que se afana por traer las noticias agradables, me parece que no dexa de manifestar el interes que le inspira.......

D.ª MAN. Seguramente. ¿Se fue Rufino?

D. LUC. Parece que la incomodo á vmd.

D.ª MAN. No, pero ya ve vmd., despues de tanta inquietud ¿cómo quiere vmd. que se halle mi alma? Perdone vmd. si no puedo continuar, porque estoy todavía tan sobresaltada.....

D. LUC. Vmd., Señora, puede hacer

lo que guste, y yo no me tomaré la libertad de incomodarla, pero vmd. conoce mis intenciones, y sabe que la amable Isabel.....

D.ª MAN. 1 Permítame vmd. que me retire, y que le excuse la vergüenza de esa nueva declaracion.

ESCENA VII.ª

DON RUFINO *y dichos.*

D. RUF. No he encontrado á ningun criado y.... ¡Brabo, brabo! que se ha levantado. Al fin Señor Don Lucas, vmd. ha conseguido de ella mas que yo.

D. LUC. No lo crea vmd.

D. RUF. Digolo porque ha logrado

1 *Levantándose.*

vmd. hacerla levantar de esa silla, donde ha estado muerta casi una hora.

D.ª MAÑ. La noticia no era para ménos.

D. RUF. Eso sí, pero amigo, hablemos seriamente: ¿será cierta esa novedad?

D. LUC. Poco me parece que le debe á vmd. su suegro quando no se acerca á exâminarla por sí mismo.

D. RUF. ¿Yo? ¡Jesus! Dios me libre. ¿Quién habia de tener valor para eso? Y luego, habiéndole ya llorado muerto::::- Vaya creería yo ver á un alma del otro mundo. Manuela sí podia.

D. LUC. Creo que no le convendria exponerse á ese nuevo sobresalto. Tiempo habrá para hacerlo despues.

ESCENA VIII.ª

DOÑA ISABEL *y dichos.*

D.ª ISAB. Señores, convido á vmds. á que vengan á ser testigos de la escena mas tierna, mas interesante que se ha representado jamas.

D. RUF. ¿Cómo? pues ¿qué ha habido? Supongo, que tú vienes del quarto del enfermo.

D.ª ISAB. ¿Qué enfermo? ya apenas lo está. ¡Mil veces milagroso remedio, que tan presto le ha vuelto la vida, y casi su entera salud! Seguramente parecia increible el repentino despejo de su razon, la entereza de su voz, el órden admirable de sus ideas.... Vaya, yo vengo enagenada de placer.

D. RUF. Muger, ¿tambien tú? Pero ¡qué! ¿habla? ¿habla?

D.ª ISAB. ¿Cómo si habla? otro en tu lugar tal vez no hubiera querido que hubiese hablado tanto: pero ¡qué! la verdad, la justicia habla por su boca: gusto da oirlo, restituido de nuevo á la vida, dar á su hija, y á su sabio médico lecciones sublimes de moral.

D. RUF. ¿De moral? Muger acaba de explicarte; tus expresiones me confunden, y siento un aturdimiento tal.....

D.ª ISAB. ¡Ay Rufino! Qué placer hubiera igualado al mio, si una declaracion que arruina tus fundadas esperanzas.....

D. RUF. Isabel, acaba por Dios, y sacame de esta incertidumbre.

D.ª ISAB. Pues oye. Apenas el Señor

Don Silvestre fue abriendo los ojos, que parecian animados de cierto fuego interior, quando volviéndolos á los que lo rodeabamos, los fixó en su médico, y despues de haberlo contemplado con interes y con entusiasmo, prorrumpió diciendo: "Venga vmd., acérquese vmd. á mí, hombre extraordinario y benéfico. Sea el sacrificio de todos mis bienes el precio de la salud, que vmd. me ha restituido; de la salud, que mueve mi lengua, poco ha yerta; que inflama mis ojos, poco ha apagados, y que vuelve el movimiento y la vida á mis miembros, ya entumidos con el frio de la muerte. Sea vmd. mi bienhechor, mi amigo; sea vmd. mi consuelo, mi apoyo, mi esperanza." Así decia, miéntras Don Juan, apartando alguna vez

los ojos de Don Silvestre los fixaba con un ansia ardiente en la amable Luisita, y ésta contemplaba á Don Juan con una especie de éxtasis, en que se manifestaba su pasion. Don Silvestre, cuyos ojos alternativamente sobre Luisa y Don Juan, percibió sin duda estas miradas furtivas y apasionadas; y fuese por esto ó porque creyese que un partido de esta naturaleza no podia dexar de lisongear á su médico, continuó así: "Todavía seria mi fortuna precio corto al eminente servicio que acaba vmd. de hacerme. La mano de mi hija Luisa, de este dechado de virtud, de este báculo de mis dias cansados, podria solamente satisfacer esta deuda inmensa. ¡Qué brillantes esperanzas ofreceria á este triste anciano un enlace tan dichoso!

Todos mis bienes son de Luisa.

D. RUF. ¿De quién?

D.ª ISAB. Todos mis bienes son de Luisa. Unido á su madre por los estrechos vínculos de un amor ardiente, consideraciones importantes estorbaron por mucho tiempo, que un Santo nudo legitimase nuestro cariño, de que tú, dulce Luisa, eres el fruto venturoso. Pero aquella amable criatura, aquella, de quien tú eres el precioso retrato, acometida de una enfermedad cruel iba á rendir el último suspiro: fue ya fuerza prescindir de todo, y la antorcha de himeneo brilló en el lecho de la muerte. En efecto, apenas habiamos recibido la bendicion nupcial, quando tu madre espiró, y este accidente desgraciado, que por espacio de quince años

ha arrancado sin cesar de mis ojos las lágrimas del mas vivo dolor, hizo, que gentes mal intencionadas esparcieran la voz de haberla hallado muerta al tiempo que en suavísima coyunda ibamos á unir nuestros cuellos amorosos. No es necesario refutar una calumnia tan grosera, quando exîsten en mi poder los documentos que justifican y prueban estos hechos. Por lo demas, los grandes bienes, que dexó tu madre, y que exclusivamente te pertenecen, son los que han acumulado en mi casa esta fortuna inmensa, que ha excitado la envidia y las pasiones de mis enemigos, siendo de notar, que acaso indebidamente, he aplicado yo porciones considerables de este fondo á la extincion de las deudas con-

traidas por mi primera muger, pues no habia bastado á satisfacerlas el caudal que en su muerte quedó. En conseqüencia, mi hija Manuela no puede alegar derecho á la mas pequeña parte de mis bienes, y es para mí un motivo de consuelo dexarla casada con un hombre, que, si, como me lo ha prometido, emplea en adelante utilmente sus rentas, hasta aquí devoradas por el luxo y la disipacion, podrá figurar con dignidad entre las personas acomodadas."

D. RUF. ¿No hay por ahí siquiera un peñon para magullarme estos sesos?

D. LUC. Vamos, vamos siga vmd.

D.ª ISAB. No pudo Don Juan oir esta arenga sin hacer brillar su entusiasmo, y acercándose al enfermo, le manifestó su ardiente gratitud,

y el ansia con que se apresuraba á aceptar aquellas ofertas generosas. El semblante de Don Silvestre se fue visiblemente animando durante esta deliciosa escena, y á pesar de que su declaracion comprometia gravemente los intereses de tu esposa, en lo que, como hermana me tocaba tanta parte; yo no pude contener las lágrimas de ternura, que inundáron mis mexillas: lágrimas que me arrancó la admiracion, y el interes que me inspira la suerte de la dulce Luisa.

D. LUC. Vaya, vaya que es el caso mas singular que... ¡Mire vmd. quando yo tambien me he enternecido!

D. RUF. ¿Quién? ¿Vmd.?

D. LUC. Pues ¿se podría oir esto con indiferencia?

D. RUF [1] ¡Qué! Calle vmd.

D. LUC. No se aflixa vmd. amigo; no es tiempo de eso. Si la suerte priva á vmd. de la rica herencia, á que creia tener un fundado derecho, la suerte ha dado á vmd. bienes que le harán no echar ménos esos otros. Admire vmd. la exquisita sensibilidad de esta jóven.

D. RUF. ¿De quién? ¿De esa? Esa no es mi hermana, es una muger sin obligaciones, sin sentimientos naturales, sin talentos, sin....

D. LUC. Señor.

D. RUF. No me hable vmd. por Dios mas palabra. ¡Mire vmd. qué lágrimas de ternura! ¡Si no debian ser lágrimas de desesperacion! Y ¡diga vmd. si no es ella la que se

1 *Llorando.*

lo pierde! ¿Sabes infeliz que yo contando con esos bienes te habia destinado una rica dote y::::-

D.ª ISAB. Yo gracias á Dios, heredé de mi padre la que me basta para una decente colocacion. Ni anhelo bienes que provengan de la muerte de un anciano respetable, digno á todas luces de la estimacion universal, muerte, que desesperaria á una hija tierna y sensible sobre todos los séres del mundo, muerte que hubiera acaso impedido ú dilatado la feliz union de dos jóvenes virtuosos. Sí, hermano, el placer de ser testigo de la felicidad de los objetos de nuestro cariño, es el mayor placer de la tierra. Mi alma se abisma en la contemplacion de la dicha de que van á gozar esos estimables jóvenes, por la qual

sacrificaria yo sin titubear una parte de mi fortuna.

D. LUC. Vamos, Señor, no se puede ser insensible á tan generosos sentimientos.

D. RUF. ¿Generosos? Diga vmd. mejor crueles y desnaturados. ¿Qué se puede esperar de una muger á quien no le duele la suerte de un hermano, que acaba de sufrir un golpe tan duro? No me diga vmd. nada, porque era este asunto de ahorcarse.

D. LUC. Pero, Señor::::-

D. RUF. Lleno de trampas, sin medios de pagarlas, perdida la reputacion y reducido á mendigar; mire vmd. si es un golpe bien duro.

D.ª MAN. Calla Rufino, calla. ¿Qué llamas golpe? Pues ¿qué? ¿Me veria yo arrancar de entre las manos la herencia que me pertenece, ó de-

xaria á otra gozar en paz los bienes, á que nadie puede alegar derecho sino yo? Y ¿cómo podria entrar en competencia conmigo una hija ilegítima, una hija, que al fin (pues ya no es tiempo de encubrir nada) fue concebida en el delito y la prostitucion de su madre? Eso, amiga, tiene mucho que ver: viene ya tarde esa pretendida legitimacion, con que iba mi padre á llevar hasta el sepulcro el odio, que constantemente me ha profesado. Pero todavía no se ha muerto su heredera legítima; todavía.....

D. LUC. No se acalore vmd. por Dios; mire vmd. que en esta ocasion puede serle perjudicial.....

D.ª MAN. ¡Qué! Déxeme vmd. que no sé cómo me he reportado al oir á

esa infeliz, víctima de su docilidad, y de las apariencias, con que han pretendido alucinarla. Pero por fortuna las han con una muger de un caracter vigoroso y enérgico, que sabrá ajustar las cuentas á esos miserables, exâminar y hacer valer sus incontestables derechos, y disipar con la luz de la justicia los nublados de la impostura.

ESCENA IX.ª

DOÑA LUISA, DON JUAN *y dichos.*

D. JUAN. En fin, Señores, el Señor Don Silvestre ha querido que nosotros mismos vengamos á traer á vmds. la noticia de nuestra dicha, y acompañado solamente de su fiel Antolin, aguarda con im-

paciencia la reunion de toda su familia, para que juntos celebremos su restablecimiento y nuestra felicidad. El Señor Don Silvestre no duda que vmds. reconocerán los derechos incontestables de esta Señorita, pues que, en fin, por mas que se hayan calumniado sus intenciones sobre este punto, debe constar á vmds. que un lazo sagrado legitimó sus últimos amores, como mil veces lo ha dado á entender á vmds. mismos, á pesar de que la incompatibilidad del caracter del Señor Don Rufino con el de su apreciable suegro ha perpetuado entre vmds. con harto dolor de los que se interesaban en su felicidad, las rencillas domésticas, de que ha gemido su corazon. Hoy que la diestra invisible del Omnipotente se ha

agradado en restituir la salud á este respetable anciano, es el dia destinado para una reconciliacion pura y sincera, largo tiempo reclamada por la naturaleza que exîgia la union de vmds. al Gefe de su familia, y reclamada tambien por el interes bien entendido de vmds. mismos, que por querellas despreciables suspendiéron los efectos de la benevolencia de su padre, y opusiéron un dique al torrente de sus beneficios. Mas como el reconocimiento de una hija, reputada natural, y las circunstancias del enlace que han motivado este mismo reconocimiento, excluyen á vmds. para siempre de la herencia de los bienes de su padre, á que tal vez habrían creído tener un fundado derecho, el Señor Don Silvestre igualmente in-

teresado en la felicidad de sus dos hijas, y conociendo que la anterior declaracion debe desconcertar los proyectos de vmds. y desvanecer sus esperanzas, ha manifestado la disposicion en que se halla de señalar el dia de esta deseada reconciliacion con un beneficio singular: tal será el de pagar las quantiosas deudas que vmds. han contraido en los años últimos, no dudando que Doña Luisita verá con gusto esta accion generosa, que pone á vmds. á cubierto de los procederes que podrian ocasionar su ruina, y les restituye la reputacion que siempre se pierde entre las lenguas de los acreedores no satisfechos. Por lo que á mí toca en un dia en que el Señor Don Silvestre me honra, asociándome á su familia, y dándome la mano

apetecida de esta amable Señorita, no puedo ménos de felicitarme con vmds. de verlos renacer á la amistad y á los beneficios de su padre, y de pertenecer yo á vmds. por el vínculo sagrado, que va á coronar mis esperanzas, y á asegurar mi felicidad.

D.ª MAN. Esa arenga, Señor mio, tiene mas de afectacion que de otra cosa; pero por fortuna, acá sabemos donde nos aprieta el zapato, y no es tiempo de que nos engañen tan groseramente. Cada uno defenderá sus derechos, y:::-

D. JUAN. ¿De qué derechos habla vmd.? ¿Por ventura se agradaria vmd. en turbar la alegria y la paz de su Padre, resistiendo á sus generosos designios?

D.ª MAN. ¿Generosos? ¡Con qué ca-

lor defiende vmd. el partido! ¡Cómo se trasluce baxo la máscara de la justicia y de la razon, el interés que mueve su lengua de vmd.!

D. JUAN. Señora yo no seria insensible á ese ultrage si otro lo pronunciara, ó vmd. misma lo pronunciara en otra ocasion: pero en esta me limitaré á asegurar á vmd. que no teniendo yo noticia de estas circunstancias, ningun designio interesado pudo tener parte en el amor ardiente, que me inspiró esta Señorita. Yo conté desde luego, y solamente con mi mediana fortuna, que gracias á mi destino, ya estaba vinculada en mi reputacion, y en la capitalizacion sucesiva de mis ahorros.

ESCENA X.ª

Dichos, y FAUSTO *que se va luego.*

FAUSTO. Señor, el carpintero está ya trabajando en el féretro y:::-

D. JUAN. ¿Féretro? Y ¿para qué?

D. RUF. Señor, como.....

FAUSTO. Sin duda será para el entierro de mi amo.

D. JUAN. Bien, marcha. [1] ¿Qué es esto Señor Don Rufino?

D. RUF. Calle vmd. por Dios que todo me viene á mí al reves.

D. JUAN. En fin, el acaso ha descuvierto sus intenciones de vmd. Apenas salió de mi boca el temor ó la sospecha de la muerte del Señor Don

1 *Vase Fausto.*

Silvestre, quando, confirmada absolutamente por mi compañero, se creyó sin mas exámen, se extendió por toda la casa, y ni vmd. ni su esposa tuviéron bastante valor para ir á cerciorarse de su desgracia hasta el lecho mismo del enfermo; siendo de notar que en este tiempo la amable Isabel, á quien parecia deber interesar ménos la suerte de su suegro de vmd. contemplaba inmóvil los esfuerzos de su naturaleza que luchaba con su mas terrible contrario, y le oía absorta pronunciar una arenga tierna y reconocida. El ansia, con que segun aparece del mensage de Fausto, habia vmd. pensado acelerar los funerales de ese anciano benéfico, cuyo fallecimiento todavía no le constaba de un modo irrecusa-

ble, el lenguage de su esposa de vmd. con motivo de la declaracion de los derechos de Doña Luisita, las conversaciones que ha promovido vmd. constantemente en el tiempo de esta prolixa enfermedad, todo manifiesta el gozo indecente, que habia causado á vmd. la noticia de ese saludable deliquio, que mi compañero llamó muerte. En vista de esto no me parecerá extraño nada de lo que pueda vmd. intentar despues. Pero si, á pesar de todo, vmd. no piensa desviarse del camino que le señalan el honor, la virtud, y aun el interés, yo garante de las promesas inviolables del Señor Don Silvestre, aseguro á vmds. su amistad, su proteccion y sus beneficios.

D. RUF. Mire vmd., yo por mí......

D.ª MAN. Nada de eso, Rufino. No-

sotros Señor Médico no queremos limosnas, queremos solamente lo que es nuestro. ¿Está vmd.?

D. RUF. Pero, muger::::–

D.ª MAN. Vea vmd. cómo se ha engreido porque lo ha puesto bueno, y al pobre Señor todo le parece poco para darle. ¿Si no sabrá mi padre que á un médico se le paga con una peseta?

D. JUAN. Pero á un hombre que hace profesion de una probidad escrupulosa se le paga con la mano de una doncella virtuosa y tierna, y en esta qualidad he obtenido yo tan eminente recompensa.

D.ª MAN. Pues amigo, ya puede vmd. prevenirse; yo no veré invadir mis derechos sin reclamarlos. Vámonos Rufino.

D. RUF. Manuela, espera, y óyeme.

El golpe ha sido terrible, y no es dificil preveer sus conseqüencias desastradas. Combinando yo las noticias, que en órden á los últimos amores de tu padre, he adquirido en tiempos, y por personas diferentes, advierto que puede ser verdad todo lo que hemos oido con respecto á Luisita, y la única dificultad, que queda, consiste en las cuentas del caudal de tu madre, que pretende el Señor Don Silvestre haberse invertido en satisfacer sus quantiosas deudas. En este caso, y supuesta la condicion, de que ántes de todo hemos de ver los documentos que acrediten, por una parte la legitimidad de esta niña, y por otra la inversion del caudal de tu madre, nada me parece que arriesgariamos en admitir la amistad

y los beneficios, con que tu padre nos brinda. Nuestras deudas son muchas, sus intereses anuales ascienden á mas de los dos tercios de nuestras rentas; con que habremos de quedar atenidos á la otra tercera parte, y habremos de sufrir continuamente el martilleo de los acreedores, que no nos dexarán descansar, y á quienes nunca podremos satisfacer. Yo ::::- tú harás lo que quieras; pero á mí me parece el partido admisible.

D.ª MAN. Á mí no; no estoy yo acostumbrada á sufrir burlas tan crueles; ni, ¿cómo podria yo ceder mis inmensos bienes por una indemnizacion despreciable, infamada ademas con el título de beneficio? Sé lo que me toca hacer; vámonos, y apercíbanse á la defensa los que

así han burlado mis esperanzas y mis derechos.

D. RUF. Vámonos, hija; será lo que tú quieras; pero estoy viendo, que mañana tendremos que mendigar un pedazo de pan. Fiados en que yo habia de ser el heredero de mi suegro, han sufrido hasta aquí mis acreedores. Quando sepan el caso de hoy, cada uno saldrá reclamando lo suyo, se venderán nuestros bienes, y deduciendo la mitad para costas y socaliñas, la otra mitad no alcanzará á pagar los capitales y dos años de réditos vencidos. ¿Qué será entónces de nosotros, ni cómo seguiremos un pleyto tan complicado, y con un contrario tan poderoso? Pero en fin, esa es tu voluntad y yo consiento en mendigar por darte gus-

to. Mi tontería, mis deseos ridículos, mi mas ridículo prurito de enriquecer, nos van á conducir al precipicio. Á nuestra pobreza acompañará el desprecio universal que es la última herencia del disipador; y quando nuestros ciudadanos quieran dar á sus hijos una leccion de moderacion, les dirán, señalándonos con un dedo de compasion ó de vilipendio, "ahí teneis un triste exemplo de lo que son las fortunas del mundo, quando el espíritu de prevision y de cálculo no vela en su conservacion. Arrastrados por el torrente de un luxo destructor y de unas locas esperanzas han disipado esos dos infelices los bienes que poseían, y hoy son el objeto de la befa comun." Tal será probablemente nuestra suerte y::::-

D.ª MAN. Cesa, Rufino, pues ¿tantas son nuestras deudas?

D. RUF. Ya lo he dicho, nuestros bienes no bastarán á pagarlas.

D. LUC. Señora, si la cosa es tal como se supone me parece que el partido:::-

D.ª ISAB. Hermana, ¿podrá vmd. desechar tan generosas ofertas?

D.ª MAN. ¡Qué sé yo! Si estuvieran plenamente comprobados los derechos de Luisa, tal vez seria forzoso ceder.

D. JUAN. Oh Señora, esa declaracion me llena de alegria y de gratitud. Vmd. va á ver por sí misma los títulos de esa legitimidad. Amable Luisita, su padre de vmd. vive por fin; vmd. puede ya ensanchar ese corazon oprimido con el grave peso de un contratiempo tan cruel. Nada falta ya para nuestra dicha, y ape-

nas su padre de vmd., que será, muy pronto, vuelva á su entera salud, las teas de Himeneo arderán sobre nuestras cabezas.

D.ª ISAB. Recibe, amiga, mis mas sinceros parabienes.

D.ª LUISA. Mi felicidad, Isabel, crece en proporcion de las esperanzas, que el arrepentimiento de tu hermano me hace concebir. ¡Puedan ellas realizarse y extenderse nuestra dicha á todos los que la contemplen!

D. JUAN. Así será sin duda. El Señor Don Rufino conoce ya el precio de la moderacion, sabe que ella sola asegura la paz y la opulencia de las familias, y que la disipacion y las distracciones turban infaliblemente su reposo, y comprometen su felicidad. El Señor Don Rufino no dexará de venerar en

este accidente el influxo de la providencia, que burlando los designios impotentes del hombre, abandonado á sus pasiones y á sus caprichos, le conduce por rumbos desusados al puerto de la virtud, donde le alumbre el fanal de la experiencia y de la razon.

